

EL SIMBOLISMO, OTRA VEZ

Escribe: EDUARDO CARRANZA

La muerte de Maurice Maeterlink ha vuelto a poner en vigencia el tema del simbolismo. Con él desapareció el último exponente de la gran generación que a fines del siglo XIX se alzó en nombre del alma, del misterio y del sentimiento del infinito, contra la retórica impasible de los parnasianos, contra la literatura demasiado terrestre de los escritores naturalistas y cientifistas y contra el racionalismo poético que advino como inevitable secuencia de la filosofía positivista. El simbolismo ha dado ya a las letras de nuestro tiempo, todo su caudal de experiencias nuevas en 1900 y constituye una etapa clausurada, un histórico objeto de investigación. Hace precisamente setenta años vivía el simbolismo sus días triunfales: Mallarmé se hallaba en su gloriosa plenitud y los jóvenes a quienes él había "creado poetas" —Valery, Regnier, Moreas, etc.— estaban en esa plena y dorada efusión creadora de la primera juventud. El tema del Simbolismo interesa, además, por sus vastas derivaciones castellanas, americanas, colombianas: música penetrante de Darío, vaguedad y misterio del primer Antonio Machado, melódicos balbuceos del Manuel Machado de mil novecientos, grácil ternura vaporosa del Juan Ramón Jiménez de los "Jardines Lejanos", abulia religiosa del Amado Nervo, "laforguismo" del inicial Leopoldo Lugones, colorismo y genial retorcimiento de Herrera y Reissig, musicismo esfumante de nuestro Eduardo Castillo, intentos de verso liberado a lo largo de toda la América modernista.

* * *

Evoquemos ante todo, rápidamente, la imagen del pontífice simbolista. Nació Stephano Mallarmé en París, el 18 de marzo de 1842. Había en su familia una larga tradición de letrados y funcionarios. Uno de sus abuelos fue librero del rey Luis XVI, otro escribió versos sin importancia para aquellos almanaques contemporáneos de El Monitor, ornados de rosas, columnas trucas y diosecillos flechadores. Comenzó su educación en un colegio de Auteuil, pensionado para gentes ricas y especialmente frecuentado por niños de las casas nobles. Mallarmé se complacía en repetir una anécdota, que traducimos de Paul Leautaud, de quien extractamos,

también, la presente noticia. El día en que fue llevado al establecimiento por su abuela que lo había educado —pues había perdido a su madre a los 7 años y su padre se había vuelto a casar— uno de los alumnos se acercó y le presentó, nombrándolos, a sus nuevos camaradas que llevaban todos nombres famosos. Cuando hubo terminado la enumeración, le preguntó: ¿Y tú, cómo te llamas? Me llamo Mallarmé. Entonces una lluvia de golpes cayó sobre él, como para recordarle la insuficiencia de nombre tan sencillo. Recordando entonces que su padre poseía una casa en la aldea de Boulainvillers, se apresuró a añadir: me llamo también marqués de Boulainvillers, lo que bastó para que la animosidad se extinguiera inmediatamente. Manos cordiales se tendieron hacia el marqués de Boulainvillers y ese fue su nombre durante toda la permanencia en el pensionado. Estudió luego en otros diversos liceos. Ya amanecía su vocación literaria y soñaba con reemplazar a Beranger, poeta muy popular entonces. A los 20 años partió para Inglaterra. Allí comenzó a aprender el inglés para mejor leer a Poe y aspirando a crearse una situación económica como profesor de esta lengua. Y en efecto, a lo largo de 30 años, de 1862 a 1892, lo fue en diversos colegios franceses. Muy joven inició su colaboración en las revistas literarias de la época, afiliado al grupo de los parnasianos.

En 1873 fue a París como profesor del célebre Liceo Condorcet. Dirigió luego una curiosa revista mundana. Por esa misma época y estimulado por su maestro y amigo Theodore de Bainville escribió "La siesta de un Fauno". Uno de sus mejores amigos en aquella época fue el pintor Manet, con quien visitaba la casa de Víctor Hugo, emperador y patriarca de la barba florida. El viejo dios Hugo le favorecía con una especial deferencia. Y, aunque seguía publicando sus poemas en revistas y cuadernos minoritarios, Mallarmé continuaba siendo un desconocido hasta que en 1884 la novela "Al revés", de Huysmans, en la cual el héroe Jean de Esseintes hablaba del sortilegio de sus versos, le colocó de pronto en una alta jerarquía de prestigio. Los jóvenes escritores le proclamaron su maestro. Y de entonces datan los famosos "martes de la calle de Roma" en donde Mallarmé predicaba y exponía su nueva, sutil, penetrante y heroica estética. Bernard Lazare ha evocado estas reuniones de atmósfera casi religiosa en una bella página: "sólo los que fueron asiduamente a visitar su retiro saben cuán lucido, cuán inquietante esteta fue Stephano Mallarmé. Para conocer los recursos de aquel espíritu de una inolvidable claridad, es preciso haber escuchado su palabra durante años. El recuerdo de las tardes de la calle de Roma quedará siempre en la memoria de aquellos a quienes Stephano Mallarmé aceptaba a su lado, en su salón discretamente iluminado al que los ángulos penumbrosos daban un aspecto de templo; más bien de oratorio.

Ante sus fieles auditores Mallarmé revelaba una seducción infinita, sea que dijera una anécdota, o que recordara a un amigo querido ya desaparecido o que expusiera seductoras y altivas doctrinas sobre la poesía y el arte, sobre el poema en prosa y la crónica, sobre la música y el teatro... Más tarde los que conocieron siendo muy jóvenes a Mallarmé, los que le han amado como a uno de los más puros y más desinteresados entre los poetas, los que han escuchado y amado su palabra relatarán en vida

como el buen Jenofonte relató la de Sócrates. Fieles y escrupulosos comentarán verso por verso, sus sonetos con el solo objeto de revelar a los jóvenes del tiempo futuro, qué noble, profundo y maravilloso artista fue Stephano Mallarmé...

En todo caso "los martes de la calle de Roma" tienen ya una condición histórica en la crónica de la literatura europea. Ninguno entre los poetas que en 1895 tenían 20 años escapó a la seducción de éste que ha sido llamado "el tipo absoluto del poeta" y todos quedaron signados, estéticamente, por su indeleble impronta. Muchos de sus auditores, discípulos y admiradores de esos días, tomaron nuevo rumbo diverso, fueron jefes de escuela o grandes poetas autónomos; pero ninguno olvidó jamás su sereno y maravilloso magisterio. Después de 1895 Mallarmé, que había obtenido su jubilación como profesor, se retiró a una pequeña casa de campo a la orilla del Sena, cerca de Fontenaibleau. Allí continuó sus trabajos en verso y prosa y allí le sorprendió la muerte el 9 de septiembre de 1898.

* * *

El simbolismo, que alcanza su mejor definición en la poesía hermética de Mallarmé y que tuvo, quizá, su mejor teorizante en Moreas, aparece como una reacción juvenil contra el Parnaso, contra la poesía del arte por el arte, contra la afición a lo pintoresco, a lo reiteradamente exótico, a la tendencia simplemente plástica, melódica, arquitectónica, de los discípulos de Gautier y Leconte de L'Isle. Gautier había predicado que al artista debe ser ante todo un buen obrero, un implacable domador de las dificultades verbales, un impasible arquitecto de la materia verbal. Solo la forma queda, dogmatizaba el maestro de los "Esmaltes y camafeos"; y aspiraba a esculpir sus sueños en una dura y eterna materia idiomática, "cincelar su sueño en el bloque resistente". El ideal de los poetas no difería, pues, mucho del ideal de los pintores, escultores y arquitectos. Se quiso prescindir de la cálida nebulosa del corazón, de toda turbulencia sentimental, de la misteriosa intimidad, de la ardiente levadura romántica, del enigma, la angustia y la inquietud. Ya Baudelaire y Verlaine a quienes los más extremistas de la nueva escuela simbolista respetaban como maestros y precursores suyos, habían traído de nuevo a la poesía las aguas vivas del corazón, la curiosidad metafísica, el estremecimiento angélico, demoníaco o simplemente humano. Los simbolistas se alzaban contra el seco positivismo de los "impasibles" y "adhirieron a la filosofía de la ilusión y pensaron con Schopenhauer que el mundo no era sino una representación". Allí está la raíz del simbolismo. Detrás de todas las cosas visibles existe una idea pura, un símbolo; detrás del mundo del tacto y de los ojos existe un mundo espiritual tenso y fascinador. Era preciso despreciar la inmediata realidad y alzarse al plano más puro de la abstracción, de la recreación metafísica y musical de esa realidad.

Se produjo una nueva alineación de los estímulos de la creación poética. Y, como es natural, la forma pasó a un segundo término. El espíritu, el idealismo y el ensueño rompían el frágil muro de la retórica preestablecida. Y a la concepción lógica, racionalista, nítida y brillante del mundo parnasiano se opuso la fluída y vaporosa concepción del mundo simbolista. Y por primera vez el *inconsciente* afloró en la poesía. La mayor parte de

los simbolistas, formados en el rigor de los parnasianos, sus inmediatos antecesores, se ciñeron a la legislación tradicional del verso francés. Otros optaron por el verso libre que hoy se considera como creación simbolista. Mallarmé halló una bella imagen para resumir su estética. Es la imagen del cigarro y del humo. El humo se alza en espirituales volutas: es la poesía; la ceniza cae: es la realidad, la materia prima de que se ha servido el poeta y que ha de desaparecer en absoluto para que tan solo el símbolo se alce, evaporándose al éter azul:

*Ainsi, le choeur des romances
a la lave vole-t-il,
exclus-en, si tu commences,
le réel, parce que vil.*

*Le sens, trop precis, rature
ta vague litterature.*

Otro extremismo revolucionario: el desprecio por la realidad, gran pecado del simbolismo. Como la adoración exclusiva de la realidad es el pecado de las extremas tendencias naturalistas, ahora y siempre.

* * *

Después de 1895, el simbolismo, como escuela, entra en una curva de decadencia. Se reacciona contra las indispensables extravagancias de algunos rabiosos adeptos. Moreas funda la escuela romana y después de haber teorizado con entusiasmo sobre el verso libre regresa a la retórica tradicional en sus bellas y serenas *Estancias*. Jammes significa la reacción anti-intelectualista, el aldeanismo poético, el angelismo; es el anti-Mallarmé y el anti-Baudelaire. Henry de Reignier reanuda el clásico discurso de la lírica francesa aprovechando con mucha fortuna las anteriores experiencias. Paul Valery es el perfecto equilibrio entre racionalismo e idealismo, entre la matemática y el ensueño, entre el corazón y la inteligencia. y la condesa de Noailles vierte las mejores conquistas de la estética simbolista en el terso cauce de su poesía tan llena de circulación humana. El simbolismo desaparece entonces como escuela. Pero permanece como indispensable eslabón en el devenir de la creación literaria. De allí, ya lo dijimos, como de un gran macizo, descienden todas las vertientes de la mejor poesía de este siglo.